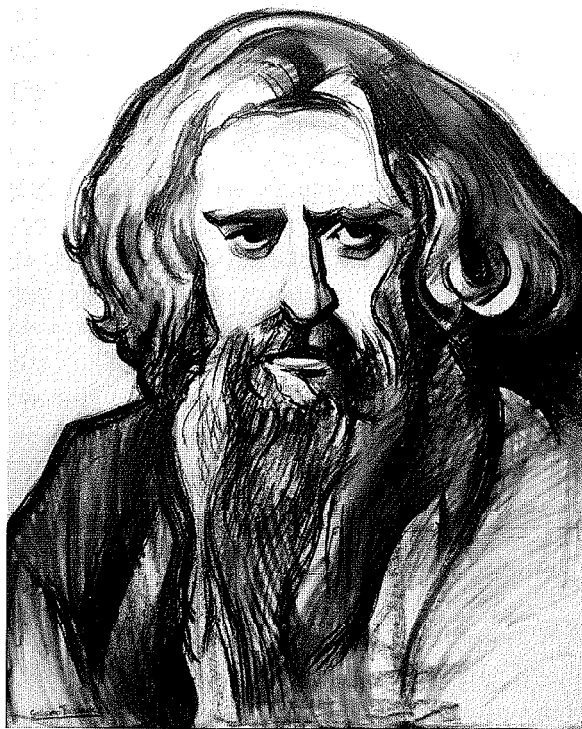

Jaime Fuentes

Doctor en Teología. Profesor de Teología en la Facultad de Humanidades, Universidad de Montevideo. Periodista.

Vladimir Soloviev (1853-1900) ha pasado a la historia no sólo por ser el primer gran filósofo ruso, sino por su incansable trabajo a favor de la unidad de las Iglesias Oriental y Occidental. Fue también, sin duda, el gran adelantado del ecumenismo. Teólogo original y profundo, el pensamiento eclesiológico de Soloviev tiene hoy una actualidad de primer orden, desde el momento en que la unidad de la Iglesia Católica es el objetivo clave del pontificado de Juan Pablo II. (Ilustración del artista plástico Guillermo Fernández)



La unión de las Iglesias, el gran sueño de Vladimir Soloviev *

El 31 de julio pasado se cumplió el primer centenario del fallecimiento de Vladimir Soloviev. El Santo Padre Juan Pablo II recordó entonces este aniversario, subrayando su figura no sólo como gran filósofo y teólogo, sino por la labor que desarrolló para alcanzar la unión de las Iglesias, que es, como se sabe, el objetivo clave del Romano Pontífice desde que comenzó su pontificado.

* Conferencia pronunciada en el homenaje a Vladimir Soloviev, organizado por la Universidad de Montevideo. Salón de Actos del Ministerio de Relaciones Exteriores, 31 de agosto de 2000.

Al recordar a esta personalidad rusa, de extraordinaria profundidad, dijo el Papa, que con gran claridad comprendió también el drama de la división entre los cristianos y la urgente necesidad de su unidad, quisiera invitar a rezar para que los creyentes en Cristo, de Oriente y de Occidente, puedan volver a encontrar cuanto antes su plena comunión. Para que esto tenga lugar, agregó, es indispensable que se conviertan todos a Cristo vivo, ayer, hoy y siempre y, viviendo sin compromisos su Evangelio, lleguen a ser fermento de una nueva humanidad.

Ayer, en el marco de nuestro homenaje al gran filósofo y teólogo, el profesor Methol Ferré presentó magistralmente su figura. Quedó de manifiesto la importancia de su pensamiento filosófico, por el cual el Papa Juan Pablo II lo ha propuesto, en la encíclica *Fides et Ratio*, como uno de los pensadores que supo armonizar las exigencias de la razón con las de la fe¹. Hoy nos interesa destacar que Soloviev fue el adelantado oriental del ecumenismo, un hombre de pensamiento y de acción incansables, que trabajó con entusiasmo por este ideal: conseguir la unión de las Iglesias. Al cumplirse el centenario de su muerte prematura, su pensamiento y su acción, como destacaba Juan Pablo II, son un ejemplo de estimulante actualidad.

Cuando la Iglesia estaba unida

Antes de abordar nuestro tema, conviene recordar este dato: durante los mil primeros años de su historia, la única Iglesia fundada por Jesucristo no defraudó la petición que el mismo Jesús dirigió a su Padre Dios durante la última Cena: «que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en Mí y yo en Ti; que así ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado» (Jn 17, 21). Con períodos más o menos difíciles, signados por la amenaza de cismas o, incluso, habiéndolos padecido con dolor durante ciertos años, la Iglesia fue, en ese largo período de diez siglos, Una y única: después de una etapa de agitación siempre volvió la calma y la unidad en torno al sucesor de Pedro, que es su garante y su signo visible por voluntad fundacional de Cristo.

En el siglo XI, sin embargo, se produce lo que otro ruso ilustre, Sergio Bulgakov, califica como «la más grande desgracia que le haya tocado sufrir al Cristianismo»², el cisma de la Iglesia Oriental, que perdura hasta nuestros días. Este cisma fue la culminación de un proceso de separación entre Oriente y Occidente que había comenzado en el siglo IX y cuya interpretación es por demás compleja. Basta ahora señalar, como escribe Orlandis, la «marcada diferencia entre los rasgos íntimos que caracterizaban el espíritu latino, pragmático y positivo, y los propios del espíritu griego, teórico y proclive a la especulación».

1 JUAN PABLO II, Carta enc. *Fides et Ratio*, 14-IX-1998, n. 74.

2 BULGAKOV S., *Alle mura di Chersoneso e altri scritti*, La Casa di Matrona, Milano, 1998, p. 64.

Más adelante dice este mismo autor:

Esta distancia, que existía en el plano espiritual, se agravó como consecuencia de un nuevo factor de incompreensión: la creciente incomunicación lingüística. El griego fue, durante los primeros siglos, la lengua oficial de la Iglesia occidental, con excepción de la Iglesia africana. Pero el latín, la lengua popular, fue imponiéndose gradualmente, de modo que a fines del siglo IV la liturgia había llegado a ser totalmente latina. El desconocimiento del griego se fue extendiendo en la sociedad occidental, alcanzando incluso, con contadas excepciones, los ambientes clericales y aristocráticos. (...) Un proceso lingüístico semejante, pero de sentido inverso, se dio en el Imperio de Oriente. (...) La ignorancia del latín fue acompañada, además, de un acusado menosprecio hacia la cultura occidental, que hizo que, mientras en Occidente se tradujeron al latín numerosas obras griegas, fuesen escasas las obras latinas de las que se hizo una versión griega. Por esta razón, San Agustín fue poco conocido y apreciado en Oriente, donde no se recibió su importantísima contribución a la ciencia teológica, una razón más que ahondó las diferencias entre las Iglesias³.

Por estas y otras circunstancias, también de carácter político y también por errores humanos, fue rota la unidad de la Iglesia en torno al sucesor de Pedro. Millones de hombres y mujeres que comparten la misma fe en el único Señor y celebran los mismos sacramentos, no aceptan la guía del único Pastor Universal.

Es esta una tristísima situación, que a lo largo de los siglos nos ha llevado a un distanciamiento y desconocimiento mutuo que, además de empobrecer el tesoro de nuestra fe común, ha servido malamente a la causa de la credibilidad del Evangelio de Jesucristo. Se entiende entonces que, en nuestro tiempo, como ocurrió también en otros momentos de la historia en circunstancias análogas, uno de los principales propósitos que llevó a la Iglesia Católica a convocar el Concilio Vaticano II haya sido «promover la restauración de la unidad entre todos los cristianos»⁴.

El Papa Pablo VI, como fruto de los trabajos conciliares, promulgó el 21 de noviembre de 1964 el Decreto sobre el ecumenismo, «Unitatis redintegratio», en el que se deplora la división y se ponen las bases firmes para recuperar la unidad perdida. Más concretamente, al clausurarse el Concilio, mediante una declaración conjunta leída en Roma y en Constantinopla, Pablo VI y el patriarca Atenágoras manifestaron: «a) dolerse de las palabras ofensivas, de reproches sin fundamento, y hechos deplorables, que, de una y de la otra parte, han señalado o acompañado los tristes acontecimientos de aquel tiempo; b) dolerse asimismo y borrar de la memoria y de en medio de la Iglesia las sentencias de excomunión que los siguieron, cuyo recuerdo actúa hasta nuestros días como un obstáculo al acercamiento en la caridad, y sepultarlos en el olvido; c) deplorar

3 ORLANDIS J., *Historia Universal*, t. II, *Del Mundo Antiguo al Medieval*, EUNSA, Pamplona, 1981, p. 27 y ss.

4 CONCILIO VATICANO II, *Decr. Unitatis Redintegratio*, n. 1.

en fin los tristes precedentes y los acontecimientos sucesivos que, bajo el influjo de factores diversos, entre ellos la incomprensión mutua y la desconfianza, condujeron, finalmente, a la ruptura definitiva de la comunión eclesial⁵.

Roma tiene la culpa...

¿Cuál era la situación cultural, el estado de ánimo en la Rusia del siglo XIX en la que vivió Vladimir Soloviev? En ese tiempo, el ambiente cultural se encontraba polarizado entre los occidentalistas y los eslavófilos. Los primeros defendían a ultranza los principios liberales; los eslavófilos, en el extremo opuesto, no querían tener nada en común con Occidente.

Todo lo dividía, escribe D'Herbigny en su biografía de Soloviev; todo, a excepción de un punto: la hostilidad contra Roma. En efecto, ¿cómo no combatir a Roma? Roma predicaba una Iglesia universal, y el nacionalismo ruso había resuelto mantener siempre, y hasta en el servicio de Dios, el aislamiento de una raza escogida, lo que ellos llamaban el filetismo autocéfalo. Roma estaba a la cabeza del más vivaz, del más prolífico de los organismos cristianos, y los guías más resueltos del liberalismo ruso pretendían extirpar la fe cristiana hasta sus últimas raíces⁶.

En este ambiente cultural y a la edad de 27 años, Soloviev, que ha tenido que dejar la Universidad de Moscú por envidias profesionales de ciertos colegas y por la audacia intelectual de algunas de sus opiniones, da en 1880, en San Petersburgo, un curso que titula «Doce Lecciones sobre Dios Hombre», que es seguido por una multitud de personas, atraídas por su genio. En la última de sus lecciones, Soloviev juzga muy negativamente al catolicismo. Su condena está encuadrada en el relato evangélico de las tres tentaciones superadas por Cristo y que el Occidente, en cambio, no ha sabido superar. Occidente, dice, dominado por la Iglesia Católica, sucumbió primero a la tentación del poder material, alzándose con la espada del César; después, a la tentación de la soberbia intelectual, cuyo fruto más claro fue el protestantismo, que lleva necesariamente al racionalismo ateo y, finalmente, a la tentación del bienestar material. Según Soloviev, la Iglesia de Roma sería la culpable de esta evolución diabólica.

No obstante, cuando mira el estado de su Iglesia Ortodoxa, a la que califica como la «única portadora de la verdad de Cristo», Soloviev ve con dolor la debilidad espiritual en que se encuentra, la decadencia moral del pueblo, la impotencia cultural de la Iglesia... ¿Quién está en el origen de este desastre?, se pregunta. La jerarquía ortodoxa rusa, que recurrió al brazo secular para asegurar el triunfo de la Ortodoxia. Afirma: «en el principio la jerarquía rusa alargó la mano a la corona estatal; después empuñó decididamente la

⁵ Ver en GER, voz CISMA, t. V, col. 683.

⁶ D'HERBIGNY M., *Vladimir Soloviev, el Newman ruso*, Difusión, Santiago de Chile, 1945, p. 30 y s.

espada estatal y por fin fue empujada a vestirse el uniforme estatal»⁷. De aquí resulta, que la Iglesia de Roma no solamente sería responsable de la evolución satánica del Occidente, sino también de los males que afligen a la fe recta de la Iglesia ortodoxa rusa: como se ve, el antioccidentalismo y el anticatolicismo de Soloviev no podrían ser más totales.

No obstante, con la honestidad intelectual que lo distinguía, también en esta primera etapa de su concepción religiosa, Soloviev se esfuerza por llegar a una valoración más ecuánime de la Iglesia Católica. En la segunda de las 12 lecciones sobre Dios Hombre, escribe: «Las circunstancias históricas han querido que el catolicismo fuese siempre el peor enemigo de nuestro pueblo y de nuestra Iglesia, pero precisamente por esto debemos ser justos con él». Observando que en la lucha por conquistar el mundo para Cristo la Iglesia romana se ha recubierto de «polvo terrenal», Soloviev protesta contra aquellos que «toman por la misma esencia, por la idea del catolicismo, este polvo terreno» y afirma: «La idea universal del catolicismo es antes que nada la verdad de que todos los poderes y las autoridades mundanas, todas las fuerzas de la sociedad y de cada uno deben someterse al principio religioso, que es el reino de Dios, representado en la tierra por la sociedad espiritual que es la Iglesia y que debe dominar el reino de este mundo»⁸.

... Pero Roma es universalista

En 1881 publica un escrito titulado «Sobre el poder espiritual en Rusia» y, un año más tarde, otro «Sobre el cisma en el pueblo ruso y en la sociedad». Al comienzo de este artículo se encuentra una afirmación grave en consecuencias: la verdadera esencia de la Iglesia, dice, depende de su carácter *universal o católico*. Poco tiempo después pronuncia en San Petersburgo tres conferencias en honor a su amigo Dostoiewsky, que había fallecido recientemente. Las tres tienen por objeto las concepciones del gran novelista sobre la Iglesia. Aquí nos interesa destacar que, en la tercera de ellas, Soloviev abordó a cara descubierta «el escándalo de la separación entre el Oriente y el Occidente. Esta separación no puede darse. Ella es y ha sido el gran pecado. Pero en el momento en que Bizancio consumaba este pecado, Dios hacía nacer la Rusia para repararlo. Hoy Rusia es adulta y su pensamiento ya es consciente de sí misma. Una pregunta se presenta a la conciencia: ¿continuará Rusia el pecado histórico del imperio bizantino?». En su exposición hizo una doble apología de la Iglesia Romana: históricamente, Roma ha combatido magníficamente todo despertar del espíritu anticristiano, las herejías, el mahometismo y las apoteosis paganas de la civilización moderna; prácticamente, no ha cesado jamás y continúa todavía su admirable esfuerzo por santificar la humanidad entera: «Roma es verdaderamente cristiana, porque es universalista», concluye.⁹

7 Véase SOLOVIEV V., *Il problema dell'ecumenismo*, Jaca Book, Milano, 1973, p. 8.

8 SOLOVIEV V., *Il problema dell'...*, p.8.

9 D'HERBIGNY M., *Vladimir Soloviev, el...*, p. 146 y s.

Es fácil imaginar la impresión que produjeron estas palabras, impresión que aún aumentó, en el párrafo final de su conferencia, cuando se refirió a la misión contemporánea del pueblo ruso. «Según Dostoiewsky, Rusia estaba llamada a acercar el Oriente con el Occidente, a unirlos en la armonía de la verdad divina y de la libertad humana. No reprochemos al Occidente sus faltas, aunque sean reales. No podemos actuar en lugar de los otros, pero cuando los otros actúan mal, nosotros debemos hacerlo bien».¹⁰

La emoción producida por este discurso del 19 de febrero de 1883 no se había aplacado todavía, cuando, el mismo año, un trabajo más considerable y más didáctico la llevó a su colmo: en «El Gran Debate y la Política cristiana», Soloviev estudia la oposición secular que enfrenta al Oriente contra el Occidente: ésta es la gran controversia.

Afirma que el Oriente, bajo pretexto de contemplación, engorda a su gusto en una pasividad perezosa; Occidente, a su vez, rinde culto a la acción. La causa profunda del cisma es ésta: las pasiones humanas han sustituido a la Ley de Dios. La introducción del *Filioque* en el Símbolo fue un pretexto. El espíritu pagano había triunfado en todas partes: sin preguntarse si no dividían el cuerpo místico de Cristo, los orientales quisieron conquistar su independencia eclesiástica a fin de reforzar, por el exclusivismo religioso, su exclusivismo nacional; y los occidentales habían tratado de establecer una dominación totalmente humana, un absolutismo violento y material para fijar en la tierra el reino de Dios. Roma, continúa, presenta de hecho y manifiesta visiblemente al mundo un principio de unidad eclesiástica, una centralización de la autoridad jerárquica y una afirmación de autoridad suprema.

Tres preguntas justificarán o condenarán esta triple pretensión:

- 1) ¿Es realmente necesaria a la Iglesia de Cristo la unidad de un poder central?
- 2) ¿Con qué derecho este poder se halla unido a la sede episcopal de Roma?
- 3) ¿Cómo ha utilizado Roma este poder?

Soloviev responde a estas tres preguntas, que forman el capítulo central del libro, distinguiendo entre «Papismo y Papado», entre la política eclesiástica y la institución del primado de Pedro querida por Cristo, y ve que es necesario trabajar sin descanso para preparar la unión de Oriente y Occidente.

Con este fin, Soloviev suplicaba a cada miembro de la Iglesia Ortodoxa que consiguiera dar un doble paso: asegurar y acrecentar su unión íntima con Cristo, y venerar en el alma del prójimo la vida activa del Espíritu Santo. El desarrollo de la gracia no se producirá sin un acrecentamiento de caridad; la caridad sobrenatural en las almas preparará la inteligencia mutua y, por ella, la unión de los espíritus, no sobre un compromiso artificial, sino en la verdad de Cristo indivisible.¹¹

«Muchos rusos, afirma D'Herbigny, vieron en el capítulo sobre «Papismo y Papado» una insolente apología de Roma y como una declaración pública de apostasía».¹² Por

¹⁰ D'HERBIGNY M., *Vladimir Soloviev, el...*, p. 146 y s.

¹¹ SOLOVIEV V., *La Grande Controverse et la Politique Chrétienne (Orient-Occident)*, Aubier, Paris, 1953, p. 128-169.

¹² D'HERBIGNY M., *Vladimir Soloviev, el...*, p. 158.

otra parte, las polémicas que siguieron a «El Gran Debate» ayudaron a Soloviev a explicitar mejor su propia comprensión de la Iglesia romana y de la Iglesia Ortodoxa y así, como miembro de esta Iglesia, puso a los teólogos ortodoxos interrogantes nuevos sobre la separación de las Iglesias, que ya en su formulación manifestaban claramente su pensamiento.

Planteaba estas cuestiones: si el Concilio ecuménico es para los ortodoxos la única autoridad suprema, ningún Concilio ecuménico condenó nunca la doctrina de la Iglesia Católica; si el cisma es la separación de una parte de los cristianos de la autoridad eclesiástica legítima por razones disciplinarias y litúrgicas, la Iglesia romana no es cismática porque no existe una autoridad eclesiástica legítima superior a ella y, por lo tanto, la separación de los ortodoxos de Roma es simplemente un asunto de política humana, que no tiene ninguna justificación religiosa y eclesial.¹³

La pasión por la unidad de la Iglesia

A partir de este momento, Soloviev se sumerge en el estudio de la lengua hebrea, de los Padres de la Iglesia, de las Actas de los Concilios y de los teólogos católicos, con el fin de conocer a ciencia cierta si la Iglesia Católica pudo haberse alejado de la fe de los Padres: el resultado de sus estudios es, una vez más, favorable al catolicismo. En esta misma época se acerca también a los círculos católicos croatas que gravitaban en torno al obispo de Bosnia Strossmayer, donde es muy bien recibido. Strossmayer y Soloviev cultivarían una profunda amistad.

Un año después de la publicación de «El Gran Debate», vuelve a presentar sus ideas religiosas y políticas en su obra «El judaísmo y la cuestión cristiana». Soloviev fue, hasta su muerte, un gran defensor del pueblo judío, actitud que le provocó no pocas incomprendimientos. Y también lo fue del pueblo polaco. Es interesante subrayar, aquí y ahora, algunas de sus intuiciones, tal vez proféticas, referidas al pueblo al que pertenece el actual Pontífice Romano, que se encuentran en el libro citado: «la grandeza del pueblo polaco está en que lleva en el corazón el eslavismo, en que representa, frente al Oriente, el gran principio espiritual del mundo occidental. (Ellos son) el vínculo providencial entre Oriente y Occidente; ¿quién sabe si no podrían prestar a la cristiandad el servicio incomparable de preparar la reunión entre Oriente y Occidente?».¹⁴

Soloviev, a medida que profundizaba en el conocimiento de la historia de la Iglesia durante el primer milenio y ahondaba también en su naturaleza dogmática, fue definiéndose con fuerza cada vez mayor en favor de trabajar por conseguir la unión de la Iglesia Oriental con la Occidental. Como es de suponer, su trabajo levantó fuertes polémicas y tuvo que sufrir la incompreensión de las autoridades de su Iglesia Ortodoxa, que

13 Cfr. SOLOVIEV V., *Il problema dell'...*, p. 10 y ss.

14 Ver en D'HERBIGNY M., *Vladimir Soloviev, el...*, p.166 y ss.

llegaron a tomar contra él medidas extremas: en 1884, el Santo Sínodo de la Iglesia Rusa, juzgando que era demasiado favorable al catolicismo, le prohíbe escribir sobre los problemas eclesiásticos y la censura de sus obras se hace más estricta.

En estas circunstancias, el 29 de setiembre de 1886, Soloviev le envió a Strossmayer, a quien ya había visitado personalmente en Croacia builando la vigilancia de la policía del Zar, un folleto titulado «Algunas consideraciones sobre la reunión de las Iglesias». En él, nuestro protagonista llega a escribir: «como no ha habido (y, según nuestros mejores teólogos, no puede haber) Concilios ecuménicos en Oriente después de la separación de las Iglesias... nuestro cisma no existe por nosotros mismos sino *de facto*, pero de ninguna manera *de iure*».¹⁵

Que la Iglesia sea Una, como Cristo la quiso: éste será el sueño por el que Soloviev trabajará arduosamente, superando desánimos, aclarando malentendidos, y explicando con la convicción de una fe razonada, los errores que impedían realizar el ideal de la unidad.

En 1888 lo encontramos en París, exponiendo su pensamiento ante un selecto auditorio, en los salones de la princesa Bariatynski. En esta conferencia, que titula «La Idea Rusa», a la que asisten también algunos sacerdotes católicos que ya conocían su actividad ecuménica, Soloviev distinguirá claramente dos cosas: la fe del pueblo ruso y la organización que pretendía encuadrarla. Vale la pena escuchar algunas afirmaciones suyas, que son un ejemplo de claridad conceptual y de valentía, fruto de su amor a la verdad.

El espíritu del egoísmo nacional no se deja sacrificar tan fácilmente. Ha encontrado en nosotros un medio para afirmarse sin renegar abiertamente del carácter religioso inherente a la nacionalidad rusa. No sólo se admite que el pueblo ruso es un pueblo cristiano, sino que se proclama con énfasis que es el pueblo cristiano por excelencia y que la Iglesia es la verdadera base de nuestra vida nacional. Pero esto no es sino para pretender que la Iglesia está solamente entre nosotros, que tenemos el monopolio de la fe y de la vida cristiana. De esta manera, la Iglesia, que es, en realidad, la roca firme de la unidad y de la solidaridad universales, se convierte para Rusia en el resguardo de un particularismo nacional estrecho, y a menudo aún, el instrumento pasivo de una política egoísta y odiosa.

Nuestra religión, en tanto que se manifiesta en la fe del pueblo y en el culto divino, es perfectamente ortodoxa. La Iglesia rusa, en tanto que conserva la verdad de la fe, la perpetuidad de la sucesión apostólica y la validez de los sacramentos, participa, en cuanto a la esencia, de la unidad de la Iglesia universal fundada por Cristo. Y si desgraciadamente esta unidad no existe sino en estado latente y no llega a una actualidad viva, es porque existen cadenas seculares que mantienen el cuerpo de nuestra Iglesia amarrado a un cadáver inmundo que la ahoga al descomponerse.

La institución oficial que está representada por nuestro gobierno eclesiástico y por nues-

15 Ver en D'HERBIGNY M., *Vladimir Soloviev, el...*, p. 176.

*tra escuela teológica y que mantiene a toda costa su carácter particularista y exclusivo, no es una parte viva de la verdadera Iglesia universal fundada por Cristo.*¹⁶

Rusia y la Iglesia Universal

Un año después de esta conferencia, Soloviev publicará en París su obra más conocida en Occidente, «Rusia y la Iglesia Universal». En ella desarrolla magistralmente su pensamiento sobre la necesidad de la unión de la Iglesia Oriental con la Occidental, bajo la autoridad del Papa. «Rusia y la Iglesia Universal» es el resultado maduro de la investigación que un hombre de fe profunda y dotado de un genio superior, comenzó años atrás y que ahora necesita comunicar al pueblo ruso, en primer lugar, y a todos los hombres.

En este libro, apoyándose en los datos de la Sagrada Escritura, de la Tradición y de la historia de la Iglesia, Soloviev demuestra que el papado responde a la voluntad fundacional de Cristo, lo cual le lleva a afirmar:

*Ningún razonamiento puede anular la evidencia del hecho siguiente: fuera de Roma no hay más que Iglesias nacionales (como la Iglesia armenia, la griega), Iglesias de Estado (como la Iglesia rusa, la anglicana), o sectas fundadas por particulares (como los luteranos, calvinistas, etc.). Sólo la Iglesia Católica romana no es ni Iglesia nacional, ni Iglesia de Estado, ni secta fundada por un hombre. Es la única Iglesia del mundo que conserva y afirma el principio de la unidad social universal contra el egoísmo de los individuos y el particularismo de las naciones; es la única que conserva y afirma la libertad del poder espiritual contra el absolutismo del Estado; es, en una palabra, la única contra la cual no han prevalecido las puertas del infierno.*¹⁷

131
Humanidades

En otro momento también afirma:

*Se puede pensar y decir lo que se quiera de la Iglesia romana y del papado; nosotros mismos estamos muy lejos de ver o de buscar en ellos la perfección lograda, el ideal realizado. Sabemos que la piedra de la Iglesia no es la Iglesia, que el fundamento no es el edificio, que el camino no es el término. Todo lo que decimos es que el papado es el único poder eclesiástico internacional e independiente, la única base real y permanente para la acción universal de la Iglesia: este es un hecho incontestable y él basta para hacer reconocer en el papa al único depositario de los poderes y privilegios que San Pedro recibió de Cristo.*¹⁸

16 Ver en D'HERBIGNY M., *Vladimir Soloviev, el...*, p. 207 y ss.

17 SOLOVIEV V., *Rusia y la Iglesia Universal*, trad. del Instituto Santo Tomás de Aquino (Córdoba). Biblioteca de Doctrina Católica, vol. XIX, Librería Santa Catalina, Buenos Aires, 1936, p. 215 y s.

18 SOLOVIEV V., *Rusia y la...*, p. 216.

Es fácil imaginar cuánto tuvo que sufrir Soloviev en su patria, después de publicar «Rusia y la Iglesia Universal». «El ambiente conservador ruso, tanto laico como religioso, no podía comprender semejante invitación a obedecer al Papa; en los ambientes de gobierno se tuvo la impresión, incluso, que juzgando la realidad rusa a la luz de su ideal, Soloviev se sobrepasaba y que no tenía lealtad para con su patria».¹⁹ Estuvo amenazado con la deportación a Siberia, se le negaron los sacramentos en la Iglesia Ortodoxa, llovieron las críticas de todas partes.

No sólo esto. De la parte católica también sufrió la incompreensión. El libro tercero de su obra, que trata profundamente sobre «El principio trinitario y su aplicación social» chocó a los oídos de los que no estaban familiarizados con el pensamiento místico de Soloviev y fue rechazado.

Había una vez un arquitecto...

No es posible hacer aquí, ni siquiera un intento de síntesis de su «Rusia y la Iglesia Universal», porque traicionaríamos la belleza de su concepción y la profundidad escriturística, patrística e histórica de su concepción eclesiológica. No obstante, sí es posible detenernos a leer la parábola sobre la Iglesia, con la que Soloviev, al final del prólogo de su libro, quiso ilustrar el propósito que lo animaba. Como se verá, el relato arranca de la contemplación de esta verdad clave: la Iglesia no es un proyecto de los hombres para alcanzar la vida eterna, sino un proyecto de Dios que los hombres debemos ejecutar fielmente para conseguir el cielo, haciendo más divina, y por eso más humana, la vida en la tierra.

«Al partir para un largo viaje, cierto gran arquitecto llamó a sus discípulos y les dijo: ‘Ya sabéis que he venido aquí para reconstruir el principal santuario del país, destruido por un terremoto. La obra ha comenzado; he trazado el plano general, el terreno está preparado y echados los fundamentos. Vosotros me reemplazaréis durante mi ausencia. He de volver, por cierto, pero no puedo deciros cuándo. Trabajad, pues, como si debiérais hacer todo sin mí. Ahora es cuando deberéis aplicar las enseñanzas que os he dado. Tengo confianza en vosotros y no os impongo todos los detalles de la obra. Observad tan sólo las reglas de nuestro arte. Os dejo, por lo demás, las inmovibles fundaciones del Templo echadas por mí, y el plano general que he trazado; esto os bastará si sois fieles a vuestro deber. Yo mismo no os abandonaré; en espíritu y con el pensamiento estaré siempre con vosotros’. Y los condujo al lugar de la nueva iglesia, les mostró las fundaciones y les entregó el plano.

¹⁹ MODESTO P., en Introduzione, a SOLOVIEV V., *I Tre Dialoghi e il Racconto dell'Anticristo*, trad. dal russo di Giovanni Faccioli, Marietti, Torino 1975, p. 24.

Es fácil imaginar cuánto tuvo que sufrir Soloviev en su patria, después de publicar «Rusia y la Iglesia Universal». «El ambiente conservador ruso, tanto laico como religioso, no podía comprender semejante invitación a obedecer al Papa; en los ambientes de gobierno se tuvo la impresión, incluso, que juzgando la realidad rusa a la luz de su ideal, Soloviev se sobrepasaba y que no tenía lealtad para con su patria». ¹⁹ Estuvo amenazado con la deportación a Siberia, se le negaron los sacramentos en la Iglesia Ortodoxa, llovieron las críticas de todas partes.

No sólo esto. De la parte católica también sufrió la incompreensión. El libro tercero de su obra, que trata profundamente sobre «El principio trinitario y su aplicación social» chocó a los oídos de los que no estaban familiarizados con el pensamiento místico de Soloviev y fue rechazado.

Había una vez un arquitecto...

No es posible hacer aquí, ni siquiera un intento de síntesis de su «Rusia y la Iglesia Universal», porque traicionaríamos la belleza de su concepción y la profundidad escriturística, patrística e histórica de su concepción eclesiológica. No obstante, sí es posible detenernos a leer la parábola sobre la Iglesia, con la que Soloviev, al final del prólogo de su libro, quiso ilustrar el propósito que lo animaba. Como se verá, el relato arranca de la contemplación de esta verdad clave: la Iglesia no es un proyecto de los hombres para alcanzar la vida eterna, sino un proyecto de Dios que los hombres debemos ejecutar fielmente para conseguir el cielo, haciendo más divina, y por eso más humana, la vida en la tierra.

«Al partir para un largo viaje, cierto gran arquitecto llamó a sus discípulos y les dijo: ‘Ya sabéis que he venido aquí para reconstruir el principal santuario del país, destruido por un terremoto. La obra ha comenzado; he trazado el plano general, el terreno está preparado y echados los fundamentos. Vosotros me reemplazaréis durante mi ausencia. He de volver, por cierto, pero no puedo deciros cuándo. Trabajad, pues, como si debiérais hacer todo sin mí. Ahora es cuando deberéis aplicar las enseñanzas que os he dado. Tengo confianza en vosotros y no os impongo todos los detalles de la obra. Observad tan sólo las reglas de nuestro arte. Os dejo, por lo demás, las inmovibles fundaciones del Templo echadas por mí, y el plano general que he trazado; esto os bastará si sois fieles a vuestro deber. Yo mismo no os abandonaré; en espíritu y con el pensamiento estaré siempre con vosotros’. Y los condujo al lugar de la nueva iglesia, les mostró las fundaciones y les entregó el plano.

¹⁹ MODESTO P., en Introduzione, a SOLOVIEV V., *I Tre Dialoghi e il Racconto dell'Anticristo*, trad. dal russo di Giovanni Faccioli, Marietti, Torino 1975, p. 24.

Después de su partida los discípulos trabajaron de común acuerdo y pronto una tercera parte de la construcción se elevó de tierra. Como la obra era muy grande y extremadamente compleja, los primeros compañeros no fueron suficientes y fue necesario admitir otros. No tardó en producirse una grave disputa entre los principales jefes de los trabajos. Algunos pretendían que, de las dos cosas dejadas por el maestro ausente -los fundamentos del edificio y el plan general- solamente este último era importante y obligatorio, al paso que nada impedía abandonar las fundaciones echadas y construir en otro sitio. Combatidos con energía por el resto de sus colegas, estas gentes llegaron, en el calor del altercado, hasta afirmar (en contra de su propio sentimiento muchas veces manifestado) que el maestro no había echado ni indicado nunca los cimientos del Templo y que eso era sólo invención de sus adversarios. En cuanto a éstos, hubo varios que, a fuerza de defender la importancia de las fundaciones, cayeron en otro extremo y afirmaron que lo único verdaderamente serio en toda la obra era la base del edificio echada por el maestro; que su tarea consistía exclusivamente en conservar, reparar y fortificar la parte ya existente del edificio, sin pensar en darle término, porque -decían- el cumplimiento de la obra estaba reservado al maestro para su vuelta.

Los extremos se tocan, y ambos partidos opuestos se hallaron pronto de acuerdo sobre este punto: que no convenía acabar el edificio. Sólo el partido que procuraba conservar en buen estado las fundaciones y la inconclusa nave, se entregaba, para estos efectos, a muchos trabajos secundarios y desplegaba infatigable energía, en tanto que el partido que creía poder dejar de lado los fundamentos del Templo, después de vanos esfuerzos por edificar en otro sitio, declaró que no había que hacer nada, que lo esencial en el arte de la arquitectura era, según ellos, la teoría, la contemplación de sus modelos y la meditación sobre sus reglas y no la ejecución de un plan determinado y que si el maestro les había dejado su plano del Templo, no era en modo alguno con objeto de hacerlos trabajar en común en su construcción real, sino para que cada uno de ellos, estudiando este plano perfecto, pudiera llegar a ser a su vez un consumado arquitecto. Y los más celosos de entre ellos consagraron su vida a meditar sobre el proyecto del Templo ideal, aprender y recitar de memoria todos los días las explicaciones de ese proyecto, dadas por los antiguos compañeros según las palabras del maestro. Pero la mayoría se contentaba pensando en el Templo un día por semana y todo el tiempo restante lo dedicaba cada cual a sus asuntos.

Entre estos obreros separatistas hubo, sin embargo, algunos que, estudiando el plano del maestro y sus explicaciones auténticas, advirtieron indicaciones precisas de las que resultaba que la base del Templo había sido echada realmente y no debía ser cambiada nunca; dieron entre otras con estas palabras del gran arquitecto: 'He aquí las fundaciones incommovibles que yo mismo he echado; sobre ellas debe ser construido mi Templo para poder resistir siempre los terremotos y toda acción destructiva'.

Impresionados con estas palabras los buenos obreros tomaron la resolución de renunciar a su separatismo y de asociarse acto continuo a los guardianes de los cimientos para tomar parte en su obra de conservación. Se halló un obrero que dijo: 'Reconozcamos nuestros errores, hagamos justicia y honremos a nuestros antiguos compañeros, reunámonos con ellos junto al gran edificio comenzado que cobardemente abandonamos y que ellos tuvieron el mérito inapreciable de conservar y guardar en buen estado. Pero debemos, ante todo, ser fieles al pensamiento del maestro. Pues éste no echó las bases para que nadie las tocara, sino para que sobre ellas se construyera su Templo. Debemos, pues, reunirnos todos para levantar sobre las fundaciones dadas el edificio entero. ¿Tendremos o no tiempo bastante para concluirlo antes de la vuelta del maestro?, ésta es otra cuestión que él mismo no ha querido resolver. Pero él nos mandó expresamente que trabajáramos para adelantar su obra y hasta agregó que haríamos más que él'.

*Extraña pareció la exhortación de este obrero a la mayoría de sus compañeros. Unos lo llamaron utopista, otros lo acusaron de orgullo y presunción, pero la voz de la conciencia les decía claramente que el maestro ausente estaba con él en espíritu y en verdad.*²⁰

Después de publicar «Rusia y la Iglesia Universal» y de sufrir las reacciones de las que ya hablamos, desanimado en parte por el nulo resultado de su labor en favor de la unión de las Iglesias, Soloviev retoma su actividad intelectual filosófica, de la cual nace, en 1897, su tratado fundamental de filosofía moral, «La Justificación del Bien». Un año antes, el 18 de febrero de 1896, había sido recibido formalmente en la Iglesia Católica por el sacerdote católico clandestino ruso, de rito bizantino eslavo, Nicolás Tolstoi, después de haber prestado ante él la promesa de fidelidad a la doctrina católica y de obediencia al Papa. No se dio publicidad a este hecho; la Iglesia Rusa siguió considerando a Soloviev como feligrés suyo.

El sueño de la unión de las Iglesias continuó siempre ocupando el centro de sus oraciones y de su preocupación. El Domingo de Pascua del año 1900, enfermo y decaído en su ánimo, fechó su última obra, «Los tres Diálogos y Breve Relato del Anticristo»²¹ en la que trata de la lucha del bien y el mal en la historia. En este contexto, y en una obra que es profética bajo muchos aspectos, Soloviev imagina a la cristiandad unida, finalmente, en torno al Papa Pedro II, antes de la segunda venida de Cristo. Tres meses después de publicar su póstumo trabajo, Soloviev falleció imprevistamente, a los 47 años, y fue asistido espiritualmente por un sacerdote ortodoxo.

²⁰ SOLOVIEV V., *Rusia y la...*, p. 66 y ss.

²¹ Se acaba de reeditar en español, SOLOVIEV V., *Los Tres diálogos y el relato del Anticristo*, trad. de Jorge Soley Climent, Scire, col. Textos Clásicos, Madrid 2000.

Juan Pablo II, primer Papa eslavo de la historia

Después de 100 años, su pensamiento y su acción en favor de la unión de las Iglesias adquieren el relieve que su época no le reconoció. Al comenzar nuestra exposición hicimos referencia al empeño solícito que tuvo el Concilio Vaticano II en fijar los principios del diálogo ecuménico, reconociendo las posibles equivocaciones del pasado que hayan podido frenar el proceso de recomposición de la unidad de la Iglesia. Pero es a partir de 1978, al ser elegido Romano Pontífice Juan Pablo II, cuando esos trabajos reciben un impulso como nunca lo conoció la Iglesia en el último milenio.

Solamente a título de mención, hay que recordar cómo en su primera encíclica, en 1979, la «Redemptor Hominis», el Papa alentaba al «conocimiento recíproco y a la remoción de los obstáculos en el camino de una perfecta unidad» en la Iglesia.²² En 1980 quiso nombrar a San Cirilo y Metodio, los primeros evangelizadores eslavos, copatronos de Europa.²³ Cinco años más tarde escribió la encíclica «Slavorum Apostoli», en memoria de la labor evangelizadora de esos dos santos. En 1987, en la encíclica «Redemptoris Mater», Juan Pablo II afirma que la devoción a la Virgen, tan querida en Oriente, «podría ayudar a que la Iglesia vuelva a respirar plenamente con sus dos pulmones». Oriente y Occidente (...) «lo que es hoy más necesario que nunca».²⁴ Un año después, con ocasión del milenio del bautismo de la Rus de Kiev, el Papa escribe la Carta Apostólica «Euntes in Mundum», en la que estimulaba a todos, católicos y ortodoxos, a dar nuevos pasos para conseguir «la plena comunión».²⁵ Cuando en 1994 Juan Pablo II da a conocer el plan de celebración del gran jubileo del año 2000, «entre las súplicas más fervientes de este momento excepcional», afirma, «la Iglesia implora del Señor que prospere la unidad entre todos los cristianos de las diversas Confesiones hasta alcanzar, la plena comunión».²⁶ En 1995, el Papa publica dos documentos de gran importancia: la Carta Apostólica «Orientale Lumen», el día 2 de mayo, y veinte días más tarde la encíclica «Ut unum sint», sobre el empeño ecuménico.

*El pecado de nuestra división es gravísimo, escribió en 'Orientale Lumen': siento la necesidad de que crezca nuestra disponibilidad común al Espíritu que nos llama a la conversión, a aceptar y reconocer al otro con respeto fraterno, a realizar nuevos gestos valientes, capaces de vencer toda tentación de repliegue. Sentimos la necesidad de ir más allá del grado de comunión que hemos logrado.*²⁷

En la encíclica «Que todos sean uno», Juan Pablo II explica que «la Iglesia católica no busca más que la plena comunión entre Oriente y Occidente (y) para ello se inspira

22 JUAN PABLO II, Carta enc. *Redemptor Hominis*, 4-III-1979, n. 11.

23 JUAN PABLO II, Carta Ap. *Egregiae Virtutis*, 31-XII-80.

24 JUAN PABLO II, Carta enc. *Redemptoris Mater* 25-III-87, n. 34.

25 JUAN PABLO II, Carta Ap. *Euntes in mundum*, 25 I 88, n. 9.

26 JUAN PABLO II, Carta Ap. *Tertio Millenio Adveniente*, 10-XI-1994, n. 16.

27 JUAN PABLO II, Carta Ap. *Orientale Lumen*, 2-V-1995, n. 17.

en la experiencia del primer milenio» en el que los cristianos tenían la certeza «de que en cualquier Iglesia se podían sentir como en casa». (...) «¿Cómo reconstruir la unidad después de casi mil años? Esta es la gran tarea que debe asumir y que corresponde también a la Iglesia ortodoxa. De ahí se comprende la gran actualidad del diálogo, sostenido por la luz y la fuerza del Espíritu Santo».²⁸

Si son numerosos los documentos del Papa en relación con la unión de las Iglesias -y sólo he mencionado los más conocidos- muchas más aún son las iniciativas personales que ha tenido, tratando personalmente a las jerarquías eclesásticas orientales, con ocasión de sus viajes por el mundo, e invitándolos a participar activamente en encuentros litúrgicos celebrados en Roma: la unidad de la Iglesia, por la que tanto trabajó Vladimir Soloviev, es la pasión dominante del Papa Juan Pablo II.

Soloviev, al que muchos calificaron en vida de «profeta», y más aún después de su muerte, imaginó la unión de las Iglesias en el contexto de la segunda venida del Señor. Pero, como vimos, también podría calificarse como «profético» su pensamiento sobre el papel que podría desempeñar Polonia en servicio de la unidad de la Iglesia. En este contexto, y terminando nuestra exposición, pienso que conviene recordar con esperanza y en un clima de oración, los pensamientos que tenía Karol Wojtyła, recién elegido Papa, durante el primer viaje que hizo a su patria

En la Solemnidad de Pentecostés celebrada en la Catedral de Gniezno, el Santo Padre reflexionó así:

Cuando hoy, al conmemorar la venida del Espíritu Santo en este año del Señor 1979, recordamos aquellos momentos iniciales, no podemos dejar de oír también -junto a la lengua de nuestros abuelos- otras lenguas eslavas afines, con las que entonces comenzó a hablar el Cenáculo ampliamente abierto sobre la historia. Sobre todo, no puede dejar de oír esas lenguas el primer Papa eslavo de la historia de la Iglesia. Quizás precisamente para esto lo eligió Cristo, quizás para esto lo trajo el Espíritu Santo; para que introdujese en la comunión de la Iglesia la comprensión de las palabras y lenguas que todavía resuenan como extranjeras en los oídos habituados a los sonidos romanos, germánicos, anglosajones, celtas, etc. ¿No es quizás que Cristo y el Espíritu Santo quieren que la Iglesia Madre, al finalizar el segundo milenio del cristianismo, se incline con amorosa comprensión, con singular sensibilidad, hacia los acentos de aquel lenguaje humano, que se mezclan entre sí en la raíz común (...) y que suenan recíprocamente cercanos y familiares? ¿No quiere quizá Cristo, no dispone quizá el Espíritu Santo que este Papa - el cual lleva profundamente impresa en su alma la historia de la propia nación desde sus mismos comienzos y también la historia de los pueblos hermanos y limítrofes- manifieste y confirme, de modo especial, en nuestra época su presencia en la Iglesia y su peculiar contribución a la historia de la cristiandad? ¿No es quizá designio providencial que ese

28 JUAN PABLO II, Carta enc. *Ut unum sint*, 25-V-1995, n. 61.

Papa desvele el desarrollo que, precisamente aquí, en esta parte de Europa, conoció la rica arquitectura del templo del Espíritu Santo?

¿No quiere quizá Cristo, no dispone quizá el Espíritu Santo, que este Papa polaco, este Papa eslavo, manifieste precisamente ahora la unidad espiritual de la Europa cristiana? Sabemos que esta unidad cristiana de Europa está compuesta por dos grandes tradiciones: del Occidente y del Oriente. Nosotros, los polacos, que hemos elegido durante todo el milenio la participación en la tradición occidental, lo mismo que nuestros hermanos lituanos, hemos respetado siempre durante nuestro milenio las tradiciones cristianas del Oriente. Nuestras tierras eran hospitalarias para esas maravillosas tradiciones que tienen origen en la nueva Roma, Constantinopla, pero también deseamos pedir clamorosamente a nuestros hermanos, que expresan la tradición del cristianismo oriental, que se acuerden de las palabras del Apóstol: 'una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios Padre de todos, Padre de Nuestro Señor Jesucristo', que recuerden todo eso y que ahora, en la época de búsqueda de la nueva unidad de los cristianos, en la época del nuevo ecumenismo, cooperen con nosotros en esta gran obra en la que está presente el Espíritu Santo.²⁹

Que así sea. 🙏

29 JUAN PABLO II, *Homilía en la Catedral de Gniezno*, 3-VI-79, en DP 180-79.